Pedro Calderón de la Barca

El alcalde de Zalamea



GENIO MALIGNO

1640

PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA

El alcalde de Zalamea

1640

GENIO MALIGNO

El alcalde de Zalamea, de Pedro Calderón de la Barca (1640).

Esta obra se encuentra en dominio público en la República Argentina (Ley 11.723). Última muerte relevante: 1681. Dominio público en Argentina desde el 1/1/1752.

Texto tomado de Wikisource en español: https://es.wikisource.org/wiki/El_alcalde_de_Zalamea. La transcripción de Wikisource se distribuye bajo licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0.

Edición digital: Genio Maligno, biblioteca de dominio público. geniomaligno.com.ar

Personas que hablan en ella

El REY, don Felipe II

Don LOPE de Figueroa

Don ÁLVARO de Atayde, capitán

Un SARGENTO

SOLDADOS

REBOLLEDO, soldado

La CHISPA, soldadera

Pedro CRESPO, labrador

JUAN, hijo de Pedro Crespo

ISABEL, hija de Pedro Crespo

INÉS, prima de Isabel

Don MENDO, hidalgo gracioso

NUÑO, criado de don Mendo

Un ESCRIBANO

VILLANOS

Esta obra se encuentra en dominio público. Esto es aplicable en todo el mundo debido a que su autor falleció hace más de 100 años. La traducción de la obra puede no estar en dominio público. (Más información...)

Public domainPublic domainfalsefalse

Jornada Primera

Salen REBOLLEDO, la CHISPA, y algunos SOLDADOS

REBOLLEDO: ¿Cuerpo de Cristo con quien de esta suerte hace marchar de un lugar a otro lugar sin dar un refresco!

TODOS: ¡Amén!

REBOLLEDO: ¿Somo gitanos aquí, para andar de esta manera? ¿Una arrollada bandera nos ha de llevar tras sí con una caja...

SOLDADO 1: ¿Ya empiezas?

REBOLLEDO: ...que este rato que calló nos hizo merced de no rompernos estas cabezas?

SOLDADO 2: No muestres de eso pesar, si ha de olvidarse, imagino, el cansancio del camino a la entrada del lugar.

REBOLLEDO: ¿A qué entrada, si voy muerto? Y aunque llegue vivo allá sabe mi Dios si será para alojar; pues es cierto llegar luego al comisario los alcaldes a decir, que si es que se pueden ir, que darán lo necesario. Responderle lo primero que es imposible, que viene la gente muerta; y, si tiene el concejo algún dinero, decir, "Señores, soldados, orden hay que no paremos; luego al instante marchemos." Y nosotros, muy menguados, a obedecer al instante orden, que es, en caso tal, para él orden monacal, y

para mi mendicante. Pues, ¡voto a Dios!, que si llego esta tarde a Zalamea, y pasar de allí desea por diligencia o por ruego, que ha de ser sin mí la ida; pues no, con desembarazo será el primero tornillazo que habré yo dado en mi vida.

SOLDADO 1: Tampoco será el primero, que haya la vida costado a un miserable soldado; y más hoy, si considero, que es el cabo de esta gente don Lope de Figueroa, que, si tiene tanta loa de animoso y de valiente la tiene también de ser el hombre más desalmado, jurador y renegado del mundo, y que sabe hacer justicia del más amigo, sin fulminar el proceso.

REBOLLEDO: ¿Ven ustedes todo eso? Pues yo haré lo que yo digo.

SOLDADO 2: ¿De eso un soldado blasona?

REBOLLEDO: Po mí muy poco me inquieta; sino por esa pobreta que viene tras la persona.

CHISPA: Seor Rebolledo, por mí vuecé no se aflija, no; que bien se sabe que yo barbada el alma nací; y ese temor me deshonra, pues no vengo yo a servir menos, que para sufrir trabajos con mucha honra; que para estarme, en rigor, regalada, no dejara en mi vida, cosa es clara, la casa del regidor, donde todo sobra, pues al mes mil regalos vienen; que hay regidores, que tienen menos regla con el mes; y pues a venir aquí a marchar y perecer con Rebolledo, sin ser postema, me resolví, por mí ¿en qué duda o repara?

REBOLLEDO: ¡Viven los cielos, que eres corona de las mujeres!

SOLDADO 2: Aquesa es verdad bien clara. ¡Viva la Chispa!

REBOLLEDO: ¡Reviva! Y más, si, por divertir esta fatiga de ir cuesta abajo y cuesta arriba, con su voz al aire inquieta una jácara o canción.

CHISPA: Responda a esa petición citada la castañeta.

REBOLLEDO: Y yo ayudaré también. Sentencien los camaradas todas las partes citadas.

SOLDADO 1: ¡Vive Dios, que han dicho bien!

Cantan REBOLLEDO y la CHISPA

CHISPA: "Yo soy tiritiritaina, flor de la jacarandana.

REBOLLEDO: "Yo soy tiritiritina, flor de la jacarandina.

CHISPA: "Vaya a la guerra el alférez, y embárquese el capitán.

REBOLLEDO: "Mate moros quien quisiere; que a mí no me han hecho mal.

CHISPA: "Vaya y venga la tabla al horno, y a mí no me falte pan.

REBOLLEDO: "Huéspeda, máteme una gallina, que el carnero me hace mal."

SOLDADO 1: Aguarda; que ya me pesa —que íbamos entretenidos en nuestros mismos oídos-, caballeros, de ver esa torre, pues es necesario que donde paremos sea.

REBOLLEDO: ¿Es aquélla Zalamea?

CHISPA: Dígalo su campanario. No sienta tanto vusté, que cese el cantico ya; mil ocasiones habrá en lograrle; porque esto me divierte tanto, que como de otras no ignoran, que a cada cosa lloran, yo a casa cosica canto, y oirá ucé jácaras ciento.

REBOLLEDO: Hagamos aquí alto, pues justo, hasta que venga, es con la orden el sargento, por si hemos de entrar marchando o en tropas.

SOLDADO 2: Él solo es quien llega ahora. Mas también el capitán esperando está.

Salen don ÁLVARO y el SARGENTO

ÁLVARO: Señores soldados, albricias puedo pedir; de aquí no hemos

de salir, y hemos de estar alojados hasta que don Lope venga con la gente, que quedó en Llerena; que hoy llegó orden de que se prevenga toda, y no salga de aquí a Guadalupe, hasta que junto todo el tercio esté, y él vendrá luego; y así del cansancio bien podrán descansar algunos días.

REBOLLEDO: Albricias pedir podías.

TODOS: ¡Vítor nuestro capitán!

ÁLVARO: Ya está hecho el alojamiento. El comisario irá dando boletas, como llegando fueren.

CHISPA: Hoy saber intento, por qué dijo, voto a tal, aquella jacarandina; "Huéspeda, máteme una gallina; que el carnero me hace mal."

Vanse todos, y quedan el CAPITÁN y el SARGENTO

ÁLVARO: Señor sargento, ¿ha guardado las boletas para mí que me tocan?

SARGENTO: Señor, sí.

ÁLVARO: ¿Y dónde estoy alojado?

SARGENTO: En la casa de un villano, que el hombre más rico es del lugar, de quien después he oído, que es el más vano hombre del mundo, y que tiene más pompa y más presunción, que un infante de León.

ÁLVARO: Bien a un villano conviene rico aquesa vanidad.

SARGENTO: Dicen, que esta es la mejor casa del lugar, señor; y si va a decir verdad, yo la escogí para ti, no tanto porque lo sea, como porque en Zalamea no hay tan bella mujer...

ÁLVARO: Di.

SARGENTO: ...como una hija suya.

ÁLVARO: Pues, ¿por muy hermosa y muy vana será más que una villana con malas manos y pies?

SARGENTO: ¡Que haya en el mundo quien diga eso!

ÁLVARO: ¿Pues no, mentecato?

SARGENTO: ¿Hay más bien gastado rato —a quien amor no le obliga, sino ociosidad no más- que el de una villana, y ver, que no acierta a responder a propósito jamás?

ÁLVARO: Cosa es que en toda mi vida, ni aun de paso, me agradó; porque en no mirando yo aseada y bien prendida una mujer, me parece que no es mujer para mí.

SARGENTO: Pues para mí, señor, sí, cualquiera que se me ofrece. Vamos allá; que por Dios, que me pienso entretener con ella.

ÁLVARO: Quieres saber ¿cuál dice bien de los dos? El que una belleza adora, dijo, viendo a la que amó, "Aquella es mi dama," y no, "Aquella es mi labradora." Luego si dama se llama la que se ama, claro es ya, que en una villana está vendido el nombre de dama. Mas, ¿qué ruido es ese?

SARGENTO: Un hombre, que de un flaco rocinante a la vuelta de esa esquina se apeó, y en rostro y talle parece aquel Don Quijote de quien Miguel de Cervantes escribió las aventuras.

ÁLVARO: ¡Qué figura tan notable!

SARGENTO: Vamos, señor; que ya es hora.

ÁLVARO: Lléveme el sargento antes a la posada la ropa, y vuelva luego a avisarme.

Vanse. Salen don MENDO, hidalgo de figura, y NUÑO, su criado

MENDO: ¿Cómo va el rucio?

NUÑO: Rodado, pues no puede menearse.

MENDO: ¿Dijiste al lacayo, di, que un rato le pasease?

NUÑO: ¡Qué lindo pienso!

MENDO: No hay cosa que tanto a un bruto descanse.

NUÑO: Aténgome a la cebada.

MENDO: ¿Y que a los galgos no aten, dijiste?

NUÑO: Ellos se holgarán mas no el carnicero.

MENDO: Baste; y pues que han dado las tres, cálzome palillo y guantes.

NUÑO: ¿Si te prenden el palillo por palillo falso?

MENDO: Si alguien, que no he comido un faisán, dentro de sí imaginare, que allá dentro de sí miente, aquí y en cualquiera parte lo sustentaré.

NUÑO: ¿Mejor no sería sustentarme a mí que al otro, que en fin te sirvo?

MENDO: ¡Que necedades! En efecto, ¿que han entrado soldados aquesta tarde en el pueblo?

NUÑO: Sí, señor.

MENDO: Lástima da el villanaje con los huéspedes que espera.

NUÑO: Más lástima da y más grande con los que no espera...

MENDO: ¿Quién?

NUÑO: La hidalguez, y no te espante; que, si no alojan, señor, en casa de hidalgos a nadie, ¿por qué piensas que es?

MENDO: ¿Por qué?

NUÑO: Porque no se mueran de hambre.

MENDO: En buen descanso esté el alma de mi buen señor y padre, pues en fin me dejó una ejecutoria tan grande, pintada de oro y azul, exención de mi linaje.

NUÑO: Tomáramos que dejara un poco del oro aparte.

MENDO: Aunque, si reparo en ello, y si va a decir verdades, no tengo que agradecerle de que hidalgo me engendrase; porque yo no me dejara engendrar, aunque él porfiase, sino fuera de una hidalgo, en el vientre de mi madre.

NUÑO: Fuera de saber difícil.

MENDO: No fuera, sino muy fácil.

NUÑO: ¿Cómo, señor?

MENDO: Tú en efecto filosofía no sabes, y así ignoras los principios.

NUÑO: Sí, mi señor, y aun los antes y postres, desde que como contigo; y es, que al instante mesa divina es tu mesa, sin medios, postres ni antes.

MENDO: Yo no digo esos principios. Has de saber que el que nace sustancia es del alimento, que antes comieron sus padres...

NUÑO: ¿Luego tus padres comieron? Esa maña no heredaste.

MENDO: ...esto después se convierte en su propia carne y sangre; luego si hubiera comido el mío cebolla, al instante me hubiera dado el olor, y hubiera dicho yo, "Tate, que no me está bien hacerme de excremento semejante."

NUÑO: Ahora digo que es verdad.

MENDO: ¿Qué?

NUÑO: Que adelgaza la hambre los ingenios.

MENDO: Majadero, ¿téngola yo?

NUÑO: No te enfades; que, sino la tienes, puedes tenerla; pues de la tarde son ya las tres, y no hay greda, que mejor las manchas saque, que tu saliva y la mía.

MENDO: Pues, ¿esa es causa bastante para tener hambre yo? Tengan

hambre los gañanes; que no somos todos unos; que a un hidalgo no le hace falta el comer...

NUÑO: ¡Oh quién fuera hidalgo!

MENDO: Y más no me hables de esto, pues ya de Isabel vamos entrando en la calle.

NUÑO: ¿Por qué, si de Isabel eres tan firme y rendido amante, a su padre no la pides? Pues con esto tú y su padre remediaréis de una vez entrambas necesidades; tú comerás, y él hará hidalgos sus nietos.

MENDO: No hables más Nuño, calla. ¿Dineros tanto habían de postrarme, que a un hombre llano por fuerza había de admitir?

NUÑO: Pues antes pensé, que ser hombre llano para suegro era importante; pues de otros dicen, que son tropezones, en que caen los yernos; y si no has de casarte, ¿por qué haces tantos extremos de amor?

MENDO: ¿Pues no hay, sin que yo me case, Huelgas en Burgos, adonde llevarla, cuando me enfade? Mira, si acaso la ves.

NUÑO: Temo si acierta a mirarme Pero Crespo.

MENDO: ¿Qué ha de hacer, siendo mi crïado, nadie? Haz lo que manda tu amo.

NUÑO: Sí, haré. Aunque no he de sentarme con él a la mesa.

MENDO: Es propio de los que sirven, refranes.

NUÑO: Albricias que, con su prima Inés, a la reja sale.

MENDO: Di que por el bello oriente, coronado de diamantes, hoy, repitiéndose el sol, amanece por la tarde.

Salen a la ventana ISABEL e INÉS, labradoras

INÉS: Asómate a esa ventana, prima, así el cielo te guarde, verás los soldados, que entran en el lugar.

ISABEL: No me mandes, que a la ventana me ponga, estando ese hombre en la calle, Inés, pues ya, en cuánto el verle en ella me ofende, sabes.

INÉS: En notable tema ha dado de servirte y festejarte.

ISABEL: No soy más dichosa yo.

INÉS: A mi parecer, mal haces de hacer sentimiento de esto.

ISABEL: Pues, ¿qué había de hacer?

INÉS: Donaire.

ISABEL: ¿Donaire de los disgustos?

MENDO habla a ISABEL

MENDO: Hasta aqueste mismo instante jurara yo a fe de hidalgo, —que es juramento inviolable- que no había amanecido; mas, ¿qué mucho que lo extrañe, hasta que a vuestras auroras segundo día les sale?

ISABEL: Ya os he dicho muchas veces, señor don Mendo, cuán en balde gastáis finezas de amor, locos extremos de amante haciendo todos los días en mi casa y en mi calle.

MENDO: Si las mujeres hermosas supieran, cuanto las hace más hermosas el enojo, el rigor, desdén y ultraje, en su vida gastarían más afeite, que enojarse. Hermosa estáis, por mi vida; decid, decid más pesares.

ISABEL: Cuando no baste el decirlos, don Mendo, el hacerlos baste, de aquesta manera: Inés, éntrate allá dentro, y dale con la ventana en los ojos.

Vase ISABEL

INÉS: Señor caballero andante, que de aventurero entráis siempre en lides semejantes, porque de mantenedor, no era para vos tan fácil, Amor os provea.

Vase INÉS

MENDO: Inés, las hermosuras se salen con cuanto ellas quieren. ¡Nuño!

NUÑO: ¡Oh qué desairados nacen todos los pobres!

Sale Pedro CRESPO, labrador

CRESPO: (¡Que nunca Aparte entre y salga yo en mi calle, que no vea a este hidalgote pasearse en ella muy grave!)

NUÑO: Pedro Crespo viene aquí.

MENDO: Vamos por esta otra parte, que es villano malicioso.

Sale JUAN, su hijo

JUAN: (¡Que siempre que venga halle Aparte esta fantasma a mi puerta, calzado de frente y guantes!)

NUÑO: Pero acá viene su hijo.

MENDO: No te turbes ni embaraces.

CRESPO: Mas Juanico viene aquí.

JUAN: Pero aquí viene mi padre.

MENDO: Disimula. Pedro Crespo, Dios os guarde.

CRESPO: Dios os guarde.

Vanse don MENDO y NUÑO

(Él ha dado en porfiar Aparte y alguna vez he de darle de manera que le duela.)

JUAN: (Algún día he de enojarme.) Aparte ¿De adónde bueno, señor?

CRESPO: De las eras; que esta tarde salí a mirar la labranza, y están las parvas notables de manojos y montones, que parecen al mirarse desde lejos montes de oro, y aun oro de más quilates pues de los granos de aqueste, es todo el cielo el contraste. Allí el bieldo, hiriendo a soplos el viento en ellos

süave, deja en esta parte el grano y la paja en la otra parte; que aun allí lo más humilde da el lugar a lo más grave. ¿Oh, quiera Dios, que en las trojes yo llegue a encerrarlo, antes que algún turbión me lo lleve o algún viento me la tale! Tú, ¿qué has hecho?

JUAN: No sé cómo decirlo, sin enojarte. A la pelota he jugado dos partidos esta tarde, y entrambos los he perdido.

CRESPO: Naces bien, si los pagaste.

JUAN: No los pagué; que no tuve dineros para ellos; antes vengo a pedirte, señor...

CRESPO: Pues escucha antes de hablarme; dos cosas no has de hacer nunca, no ofrecer los que no sabes que has de cumplir, ni jugar más de lo que está delante, porque, si por accidente falta, tu opinión no falte.

JUAN: El consejo es como tuyo, y por tal debo estimarle; y he de pagarte con otro: en tu vida no has de darle consejo al que ha menester dinero.

CRESPO: ¡Bien te vengaste!

Sale el SARGENTO

SARGENTO: ¿Vive Pedro Crespo aquí?

CRESPO: ¿Hay algo que usté le mande?

SARGENTO: Traer a casa la ropa de don Álvaro de Atayde, que es el capitán de aquesta compañía, que esta tarde se ha alojado en Zalamea.

CRESPO: No digáis más, esto baste; que para servir al Rey, y al Rey en sus capitanes, están mi casa y mi hacienda. Y en tanto, que se le hace el aposento, dejad la ropa en aquella parte, e id a decirle que venga, cuando su merced mandare, a que se sirva de todo.

SARGENTO: Él vendrá luego al instante.

Vase [el SARGENTO]

JUAN: ¡Que quieras, siento tú rico, vivir a estos hospedajes sujeto!

CRESPO: Pues, ¿cómo puedo excusarlos ni excusarme?

JUAN: Comprando una ejecutoria.

CRESPO: Dime por tu vida, ¿hay alguien que no sepa que yo soy, si bien de limpio linaje, hombre llano? No, por cierto. Pues, ¿qué gano yo en comprarle una ejecutoria al Rey si no le compro la sangre? ¿Dirán entonces que soy mejor que ahora? No, es dislate. Pues, ¿qué dirán? Que soy noble por cinco o seis mil reales; y esto es dinero y no es honra; que honra no la compra nadie. ¿Quieres, aunque sea trivial un ejemplillo escucharme? "Es calvo un hombre mil años, y al cabo de ellos se hace una cabellera. Éste, en opiniones vulgares, ¿deja de ser calvo? No. Pues, ¿qué dicen al mirarle? Bien puesta la caballera trae fulano." Pues, ¿qué hace, si, aunque no le vean la calva, todos que la tiene saben?

JUAN: Enmendar su vejación, remediarse de su parte, y redimir vejaciones del sol, del hielo y del aire.

CRESPO: Yo no quiero honor postizo que el defecto ha de dejar en casa. Villanos fueron mis abuelos y mis padres; sean villanos mis hijos. Llama a tu hermana.

JUAN: Ella sale.

Salen ISABEL e INÉS

CRESPO: Hija, el Rey, nuestro señor, que el cielo mil años guarde, va a Lisboa, porque en ella solicita coronarse como legítimo dueño; a cuyo efecto, marciales tropas caminan con tantos aparatos militares hasta bajar a Castilla el tercio viejo de Flandes con un don Lope, que dicen todos que es español Marte. Hoy han de venir a casa soldados, y es importante, que no

te vean. Así, hija, al punto has de retirarte en esos desvanes, donde yo vivía.

ISABEL: A suplicarte me dieses esta licencia venía yo. Sé que el estarme aquí es estar solamente a escuchar mil necedades. En ese cuarto mi prima y yo estaremos, sin que nadie ni aun el sol mismo, no sepa de nosotras.

CRESPO: Dios os guarde. Juanico, quédate aquí. Recibe a huéspedes tales, mientras busco en el lugar algo con qué regalarles.

Vase Pedro CRESPO

ISABEL: Vamos, Inés.

INÉS: Vamos, prima.

(Mas tengo por disparate Aparte el guardar una mujer si ella no quiere guardarse.)

Vanse ISABEL e INÉS. Salen don ÁLVARO y el SARGENTO

SARGENTO: Ésta es, señor, la casa.

ÁLVARO: Pues del cuerpo de guardia al punto pasa toda mi ropa.

SARGENTO: Quiero registrar la villana lo primero.

Vase [el SARGENTO]

JUAN: Vos seáis bien venido a aquesta casa; que ventura ha sido grande venir a ella un caballero tan noble como en vos le considero. (¡Qué galán y alentado! Aparte Envidia tengo al traje de soldado.)

ÁLVARO: Vos seáis bien hallado.

JUAN: Perdonaréis, no estar acomodado; que mi padre quisiera que hoy un alcázar esta casa fuera. Él ha ido a buscaros que comáis, que desea regalaros, y yo voy a que esté vuestro aposento aderezado.

ÁLVARO: Agradecer intento la merced y el cuidado.

JUAN: Estaré siempre a vuestros pies postrado.

Vase JUAN y sale el SARGENTO

ÁLVARO: ¿Qué hay, sargento? ¿Has ya visto a la tal labradora?

SARGENTO: ¡Vive Cristo! Que con aquese intento no he dejado cocina ni aposento y que no la he topado.

ÁLVARO: Sin duda el villanchón la ha retirado.

SARGENTO: Pregunté a una criada por ella, y respondióme que ocupada su padre la tenía en ese cuarto alto, y que no había de bajar nunca acá, que es muy celoso.

ÁLVARO: ¿Qué villano no ha sido malicioso? De mí digo, que, si hoy aquí la viera, caso de ella no hiciera; y sólo porque el viejo la ha guardado, deseo, vive Dios, de entrar me ha dado donde está.

SARGENTO: Pues, ¿qué haremos, para que allá, señor, con causa entremos, sin dar sospecha alguna?

ÁLVARO: Solo por tema la he de ver, y una industria he de buscar.

SARGENTO: Aunque no sea de mucho ingenio para quien la vea hoy, no importará nada; que con eso será más celebrada.

ÁLVARO: Óyela pues ahora.

SARGENTO: Di, ¿qué ha sido?

ÁLVARO: Tú has de fingir... Mas no, pues que ha venido ese soldado, que es más despejado, él fingirá mejor lo que he trazado.

Salen REBOLLEDO y la CHISPA

REBOLLEDO: Con este intento vengo a hablar al capitán, por ver si tengo dicha en algo.

CHISPA: Pues háblale de modo que le obliges; que en fin no ha de ser todo desatino y locura.

REBOLLEDO: Préstame un poco tú de tu cordura.

CHISPA: Poco y mucho pudiera.

REBOLLEDO: Mientras hablo con él, aquí me espera.

Habla REBOLLEDO a don ÁLVARO

Yo vengo a suplicarte...

ÁLVARO: En cuanto puedo ayudaré, por Dios, a Rebolledo, porque me ha aficionado su despejo y su brío.

SARGENTO: Es gran soldado.

ÁLVARO: Pues, ¿qué hay que se le ofrezca?

REBOLLEDO: Yo he perdido cuanto dinero tengo y he tenido y he de tener, porque de pobre juro, en presente, en pretérito y futuro. Hágaseme merced de que por vía de ayudilla de costa aqueste día el alférez me dé...

ÁLVARO: Diga, ¿qué intenta?

REBOLLEDO: El juego del boliche por mi cuenta; que soy hombre cargado de obligaciones y honbre al fin honrado.

ÁLVARO: Digo que eso es muy justo, y el alférez sabrá que este es mi gusto.

La CHISPA habla aparte

CHISPA: (Bien le habla el capitán. ¡Oh si me viera llamar de todos ya la bolichera!)

REBOLLEDO: Daréle ese recado.

ÁLVARO: Oye. Primero que le lleves, de ti fiarme quiero para cierta invención que he imaginado, con que salir intento de un cuidado.

REBOLLEDO: Pues, ¿qué es lo que se aguarda? Lo que tarda en saberse, es lo que tarda en hacerse.

ÁLVARO: Escúchame. Yo intento subir a ese aposento por ver sien él una persona habita, que de mí hoy esconderse solicita.

REBOLLEDO: Pues, ¿por qué no le subes?

ÁLVARO: No quisiera, sin que alguna color para esto hubiera, por disculparlo más; y así, fingiendo que yo riño contigo, has de irte huyendo por ahí arriba. Yo entonces enojado la espada sacaré. Tú muy turbado has de entrarte hasta donde esta persona que busque se esconde.

REBOLLEDO: Bien informado quedo.

CHISPA: (Pues habla el capitán con Rebolledo hoy de aquella manera, desde hoy me llamarán la bolichera.)

Habla REBOLLEDO en alta voz

REBOLLEDO: ¡Voto a Dios que han tenido esta ayuda de costa, que he pedido, un ladrón, un gallina y un cuitado, y ahora que la pide un hombre honrado, ¿se la dan?

CHISPA: (¡Ya empieza su tronera!)

ALVARO: Pues, ¿cómo me habla a mí de esa manera?

REBOLLEDO: ¿No tengo de enojarme cuando tengo razón?

ÁLVARO: No, ni ha de hablarme; y agradezca que sufro aqueste exceso.

REBOLLEDO: Ucé es mi capitán, sólo por eso callaré. Mas, ¡por Dios!, que si yo hubiera la bengala en mi mano...

ÁLVARO: ¿Qué me hiciera?

CHISPA: ¡Tente, señor! (Su muerte considero.)

REBOLLEDO: ...que me hablara mejor.

ÁLVARO: ¿Qué es lo que espero, que no doy muerte a un pícaro atrevido?

REBOLLEDO: Huyo, por el respeto que he tenido a esa insignia.

ÁLVARO: Aunque huyas, te he de matar.

CHISPA: (Ya él hizo de las suyas.)

SARGENTO: ¡Tente, señor!

CHISPA: ¡Escucha!

SARGENTO: ¡Aguarda, espera!

CHISPA: (Ya no me llamarán la bolichera.)

Éntrale acuchillando y salen JUAN con espada y Pedro CRESPO

JUAN: ¡Acudid todos presto!

CRESPO: ¿Qué ha sucedido aquí?

JUAN: ¿Qué ha sido aquesto?

CHISPA: Que la espada ha sacado el capitán aquí para un soldado, y esa escalera arriba sube tras él.

CRESPO: ¿Hay suerte más esquiva?

CHISPA: Subid todos tras él.

JUAN: Acción fue vana esconder a mi prima y a mi hermana.

Éntranse y salen REBOLLEDO huyendo, e ISABEL e INÉS

REBOLLEDO: Señoras, si siempre ha sido sagrado el que es templo, hoy sea mi sagrado aqueste, pues es templo del Amor.

ISABEL: ¿Quién a vos de esa manera os obliga?

INÉS: ¿Qué ocasión tenéis de entrar hasta aquí?

ISABEL: ¿Quién os sigue o busca?

Salen don ÁLVARO y el SARGENTO

ÁLVARO: Yo; que tengo de dar la muerte al pícaro, ¡vive Dios! Si pensase....

ISABEL: Deteneos, siquiera porque, señor, vino a valerse de mí; que los hombres, como vos, han de amaparar las mujeres, si no por lo que ellas son, porque son mujeres; que esto basta, sindo vos quien sois.

ÁLVARO: No pudiera otro sagrado librarle de mi furor, sino vuestra

gran belleza; por ella vida le doy. Pero mirad, que no es bbien en tan precisa ocasión hacer vos el homicidio, que no queréis que haga yo.

ISABEL: Caballero, si cortés ponéis en obligación nuestras vidas, no zozobre tan presto la intercesión. Que dejéis este soldado os suplico; pero no que cobréis de mí la deuda a que agradecida estoy.

ÁLVARO: No sólo vuestra hermosura es derara perfección, pero vuestro entendimiento lo es también; porque hoy en vos alianza están jurando hermosura y discreción.

Salen Pedro CRESPO y JUAN, las espadas desnudas

CRESPO: ¿Cómo es eso, caballero? ¿Cuando pensó mi temor hallaros matando a un hombre, os hallo...

ISABEL: (¡Válgame Dios!) Aparte

CRESPO: ...requebrando a una mujer? Muy noble sin duda sois, pues que tan presto se os pasan los enojos.

ÁLVARO: Quien nació con obligaciones debe acudir a ellas; y yo al respeto de esta dama suspendí todo el furor.

CRESPO: Isabel es hija mía, y es labradora, señor, que no dama.

JUAN: (¡Vive el cielo Aparte que todo ha sido invención, para haber entrado aquí! Corrido en el alma estoy de que piensen, que me engañan, y no ha de ser.) Bien, señor capitán, pudierais ver con más segura atención lo que mi padre desea hoy serviros, para no haberle hecho este disgusto.

CRESPO: ¿Quién os mete en eso a vos, rapaz? ¿Que disgusto ha habido? Si el soldado le enojó, ¿no había de ir tras él? Mi hija os estima el favor del haberle perdonado, y el de su respeto yo.

ÁLVARO: Claro está, que no habrá sido otra causa, y ved mejor lo que decís.

JUAN: Yo lo veo muy bien.

CRESPO: Pues, ¿cómo habláis vos así?

ÁLVARO: Porque estáis delante, más castigo no le doy a este rapaz.

CRESPO: Detened, señor capitán; que yo puedo tratar a mi hijo como quisiere, y vos no.

JUAN: Y yo sufrirlo a mi padre, mas a otra persona no.

ÁLVARO: ¿Qué habíais de hacer?

JUAN: Perder la vida por la opinión.

ÁLVARO: ¿Qué opinión tiene un villano?

JUAN: Aquella misma que vos; que no hubiera un capitán sino hubiera un labrador.

ÁLVARO: ¡Vive Dios, que ya es bajeza sufrirlo!

CRESPO: Ved que yo estoy de por medio.

Sacan las espadas

REBOLLEDO: ¡Vive Cristo, Chispa, que ha de haber hurgón!

CHISPA: ¡Aquí del cuerpo de guardia!

REBOLLEDO: ¡Don Lope, ojo avisor!

Sale don LOPE con hábito, muy galán, y bengala

LOPE: ¿Qué es aquesto? ¿La primera cosa que he de encontrar hoy, acabado de llegar, ha de ser una cuestión?

ÁLVARO: (¡A qué mal tiempo don Lope Aparte de Figueroa llegó!)

CRESPO: (¡Por Dios, que se las tenía Aparte con todos el rapagón!)

LOPE: ¿Qué ha habido? ¿Qué ha sucedido? Hablad, porque, ¡votos a Dios!, que a hombres, mujeres y casa eche por un corredor! ¿No me basta haber subido hasta aquí, con el dolor de esta pierna, que los diablos llevarán, amén, si no no decirme, "Aquesto ha sido"?

CRESPO: Todo eso es nada, señor.

LOPE: Hablad, decid la verdad.

ÁLVARO: Pues es que alojado estoy en esta casa; un soldado...

LOPE: Decid.

ÁLVARO: ...ocasión me dio a que sacase con él la espada. Hasta aquí se entró huyendo. Entréme tras él donde estaban esas dos labradoras, y su padre o su hermano-o lo que son- se han disgustado de que entrase hasta aquí.

LOPE: Pues yo a tan buen tiempo he llegado, satisfaré a todos hoy. ¿Quién fue el soldado, decid, que a su capitán le dio ocasión de que sacase la espada?

REBOLLEDO: (¡A que pago yo Aparte por todos!)

ISABEL: Aquéste fue el que huyendo hasta aquí entró.

LOPE: Denle dos tratos de cuerda.

REBOLLEDO: Tras... ¿Qué me han de dar, señor?

LOPE: Tratos de cuerda.

REBOLLEDO: Yo hombre de estos tratos no soy.

CHISPA: (De esta vez me lo estropean.) Aparte

ÁLVARO: (¡Ah, Rebolledo, por Dios, Aparte que nada digas! Yo haré que te libren.)

REBOLLEDO habla aparte a él

REBOLLEDO: (¿Cómo no lo he de decir, pues si callo, los brazos me pondrán hoy atrás, como mal soldado?) A don LOPE El capitán me mandó que fingiese la pendencia, para tener ocasión de entrar aquí.

CRESPO: Ved ahora, si hemos tenido razón.

LOPE: No tuvisteis, para haber así puesto en ocasión de perderse este

lugar. ¡Hola! Echa un bando tambor: —Que al cuerpo de guardia vayan los soldados cuantos son, y que no salga ninguno, pena de muerte, en todo hoy- Y para que no quedéis con aqueste empeño vos, y vos con este disgusto, y satisfechos los dos, buscad otro alojamiento; que yo en esta casa estoy desde hoy alojado, en tanto que a Guadalupe no voy donde está el Rey.

ÁLVARO: Tus preceptos, órdenes precisas son para mí.

Vanse los soldados

CRESPO: Entraos allá dentro.

Vanse ISABEL, INÉS y JUAN

Mil gracias, señor, os doy por la merced, que me hicisteis de excusarme una ocasión de perderme.

LOPE: ¿Cómo habíais, decid, de perderos vos?

CRESPO: Dando muerte a quien pensara ni aun el agravio menor.

LOPE: ¿Sabes, ¡voto a Dios!, que es capitán?

CRESPO: Sí, ¡voto a Dios!, y aunque fuera él general, en tocando a mi opinión le matara.

LOPE: A quien tocara ni aun al soldado menor sólo un pelo de la ropa, ¡por vida del cielo!, yo le ahorcara.

CRESPO: A quien se atreviera a un átomo de mi honor, ¡por vida también del cielo!, que también le ahorcara yo.

LOPE: ¿Sabéis que estáis olbigado a sufrir, por ser quien sois, estas cargas?

CRESPO: Con mi hacienda, pero con mi fama no. Al Rey la hacienda y la vida se ha de dar; pero el honor es patrimonio del alma, y el alma sólo es de Dios.

LOPE: ¡Juro a Cristo!, que parece que vais teniendo razón!

CRESPO: Sí, ¡juro a Cristo!, porque siempre la he tenido yo.

LOPE: Yo vengo cansado, y esta pierna, que el diablo me dio, ha menester descansar.

CRESPO: Pues, ¿quién os dice que no? Ahí me dio el diablo una cama, y servirá para vos.

LOPE: ¿Y dióle hecha el diablo?

CRESPO: Sí.

LOPE: Pues a deshacerla voy, que estoy, ¡voto a Dios!, cansado.

CRESPO: Pues descansad, ¡voto a Dios!

LOPE: (Testarudo es el villano; Aparte también jura como yo.)

CRESPO: (Caprichoso es el don Lope Aparte no haremos migas los dos.)

FIN DE LA PRIMERA JORNADA

Esta obra se encuentra en dominio público. Esto es aplicable en todo el mundo debido a que su autor falleció hace más de 100 años. La traducción de la obra puede no estar en dominio público. (Más información...)

Public domainPublic domainfalsefalse

Jornada Segunda

Salen don MENDO y NUÑO, su criado

MENDO: ¿Quién os contó todo esto?

NUÑO: Todo esto contó Ginesa, su criada.

MENDO: ¿El capitán, después de aquella pendencia, que en su casa tuvo, fuése? ¿Ya verdad o ya cautela, ha dado en enamorar a Isabel?

NUÑO: Y es de manera, que tan poco humo en su casa él hace, como en la nuestra nosotros. Él todo el día no se quita de su puerta. No hay hora, que no le envíe recados; con ellos entra y sale un mal soldadillo, confidente suyo.

MENDO: ¡Cesa! Que es mucho veneno, mucho, para que el alma lo beba de una vez.

NUÑO: Y más no habiendo en el estómago fuerzas con que resistirle. MENDO: Hablemos un rato, Nuño, de veras. NUñO: ¡Pluguiera a Dios fueran burlas! MENDO: ¿Y qué le responde ella? NUñO: Lo que a ti; porque Isabel es deidad hermosa y bella, a cuyo cielo no empañan los vapores de la tierra. MENDO: ¡Buenas nuevas te dé Dios! Dale [a NUÑO] un bofetón NUÑO: A ti te dé mal de muelas, que me has quebrado dos dientes. Mas bien has hecho, si intentas reformalos por familia, que no

sirve ni aprovecha. ¡El capitán! MENDO: ¡Vive Dios, si por el honor no fuera de Isabel, que lo matara! NUÑO: Más mira por tu cabeza. Salen don ÁLVARO, el SARGENTO y REBOLLEDO MENDO: Escucharé retirado. Aquí, a esta parte, te llega. Retíranse [don MENDO y NUÑO] ÁLVARO: Este fuego, esta pasión no es amor solo, que es tema, es ira, es rabia, es furor. REBOLLEDO: ¡Oh nunca, señor, hubieras visto a la hermosa villana, que tantas ansias te cuesta! ÁLVARO: ¿Que te dijo la criada? REBOLLEDO: ¿Ya no sabes sus respuestas? [Don MENDO habla aparte] a NUÑO MENDO: Esto ha de ser; pues ya tiende lo noche sus sombras negras, antes que se haya resuelto a lo mejor mi prudencia, ven a armarme. NUÑO: Pues, ¿qué tienes más armas, señor, que aquellas que están en un azulejo sobre elmarco de la puerta? MENDO: En mi guardarnés presumo que hay para tales empresas algo que ponerme. NUÑO: Vamos, sin que el capitán no sienta. Vanse [don MENDO y NUÑO] ÁLVARO: ¡Que en una villana haya tan hidalga resistencia, que no me haya respondido una palabra siquiera apacible! SARGENTO: Éstas, señor, no de los hombre se prendan como tú. Si otro villano le festejara y sirviera, hiciera más caso de él. Fuera de que con tus quejas sin tiempo. Si te has de ir mañana, ¿para qué intentas, que una mujer en un día te escuche y te favorezca? ÁLVARO: En un día el sol alumbra y falta; en un día se trueca un reino todo; en un día es edificio una peña; en un día una batalla perdida y victoria ostenta; en un día tiene el mar tranquilidad y tormenta; en un día nace un hombre y muere; luego pudiera en un día ver mi amor sobra y luz, como planeta; pena y dicha, como imperio; fente y brutos, como selva; paz e inquietud como mar; triunfo y ruina, como guerra; vida y muerte, como dueño de sentidos y potencias. Y habiendo

tenido edad en un día su violencia de hacerme tan desdichado, ¿por qué, por qué no pudiera tener edad en un día de hacerme dichoso? ¿Es fuerza que se engendren más despacio las glorias que las ofensas? SARGENTO: ¿Verla una vez solamente a tanto extremo te fuerza? ÁLVARO: ¿Qué más causa había de haber, llegando a verla, que verla? De sola una vez a incendio crece una breve pavesa; de una vez sola un abismo fulgúreo volcán revienta; de una vez se enciende el rayo que destruye cuanto encuentra; de una vez escupe horror la más reformada pieza. De una vez amor, ¿qué mucho, fuego de cuatro maneras, mina, incendio, pieza y rayo, postre, abrase, asombre y hiera? SARGENTO: ¿No decías que villanas nunca tenían belleza? ÁLVARO: Y aun aquesa confianza me mató; porque el que piensa que va a un pelligro, ya va, prevenido a la defensa; quien va a una seguridad es el que más riesgo lleva, por la novedad que halla siacaso un peligro encuentra. Pensé hallar una villana; si hallé una deidad, ¿no era preciso que peligrase en mi misma inadvertencia? En toda mi vida vi más divina, más perfecta hermosura. ¡Ay, Rebolledo, no sé qué hiciera por verla! REBOLLEDO: En la compañía hay soldado que canta por excelencia, y la Chispa, que es mi alcaida del boliche, es la primera mujer en jacarear. Haya, señor, jira y fiesta y música a su ventana; que con esto podrás verla y aun hablarla. ÁLVARO: Como está don Lope allí, no quisiera despertarle. REBOLLEDO: Pues donLope, ¿cuándo duerme con su pierna? Fuera, señor, que la culpa si se entiende,será nuestra, no tuya, si de rebozo vas en la tropa. ÁLVARO: Aunque tenga mayores dificultades, pase por todas mi pena. Juntaos todos esta noche, mas de suerte que no entiendan que yo lo mando. ¡Ay, Isabel, qué de cuidados me cuestas! Vanse don ÁLVARO y el SARGENTO, y sale la CHISPA CHISPA: ¡Téngase!

REBOLLEDO: Chispa, ¿qué es eso? CHISPA: Ahí un pobrete que queda con un rasguño en el rostro. REBOLLEDO: Pues, ¿por qué fue la pendencia? CHISPA: Sobre hacerme alicantina del barato de hora y media que estuvo echando las bolas, teniéndome muy atenta a si eran pares o nones. Canséme y dílo con ésta. Saca la daga Mientras que con el barbero poniéndose en puntos queda, vamos al cuerpo de guardia que allá te daré la cuenta. REBOLLEDO: ¡Bueno es estar de mohina, cuando vengo yo de fiesta! CHISPA: ¿Pues qué estorba el uno al otro? Aquí está la castañeta. ¿Qué se ofrece que cantar? REBOLLEDO: Ha de ser cuando anochezca, y música más fundada. Vamos y no te detengas, Anda acá al cuerpo de guardia. CHISPA: Fama ha de qiedar emtera de mí en el mundo, que soy Chispilla, la bolichera. Vanse. Salen don LOPE y Pedro CRESPO, y algunos criados CRESPO: En este paso, que está más fresco, poned la mesa al señor don Lope. [CRESPO habla] a don LOPE Aquí os sabrá mejor la cena; que al fin los días de agosto no tienen más recompensa que sus noches. LOPE: Apacible estancia en extremo es ésta. CRESPO: Un pedazo es de jardín do mi hija se divierta. Sentaos. Que el viento süave, que en las blandas hojas suena de estas parras y estas copas, mil cláusulas lisonjeras hace al compás de esta fuente, cítara de plata y perlas, poreque son en trastes de oro las guijas tmepladas cuerdas. Perdonad, si de instrumentos solos la música suena, de músicos que deleiten sin voces que os entretengan; que como músicos son los pájaros que gorjean, no quieren cantar de noche, ni yo puedo hacerles fuerza. Sentaos, pues, y divertidd esa continua dolencia. LOPE: No podré; que es imposible, que divertimiento tenga. ¡Válgame Dios! CRESPO: ¡Valga, amén! LOPE: ¡Los cielos me den paciencia! Sentaos, Crespo. CRESPO: Yo estoy bien. LOPE: Sentaos.

CRESPO: Pues me dais licencia, digo, señor, que obedezco, aunque excusarlo pudierais. Siéntase LOPE: ¿No sabéis qué he reparado? Que ayer la cólera vuestra os debió de enajenar de vos. CRESPO: Nuna me enajena a mí de mí nada. LOPE: Pues, ¡cómo ayer, sin que os dijera que os sentarais, os sentasteis, aun en la silla primera? CRESPO: Porque nome lo dijisteis, y hoy, que lo decís, quisiera no hacerlo. La cortesía tenerla con quien la tenga. LOPE: Ayer todo erais reniegos, porvidas, votos y pesias; y hoy estáis más apacible, con más gusto y más prudencia. CRESPO: Yo, señor, siempre respondo en el tono y en la letra, que me hablan. Ayer vos así hablabais, y era fuerza que fuera de un mismo tono la pregunta y la respuesta. Demás de que yo he tomado por política discreta, jurar con aquel que jura, rezar con aquel que reza. A todo hago compañía; y es aquesto de manera que en toda la noche pude dormir en la pierna vuestra pensando, y amanecí con dolor en ambas piernas; que, porno errar la que os duele, si es la izquierda o la derecha, me dolieron a mí entrambas. Decidme, ¡por vida vuestra!, cuál es y sépalo yo porque una sola me duela. LOPE: ¿No tengo mucha razón de quejarme, si ha ya treinta años que asistiendo en Flandes al servicio de la guerra, el invierno con la escarcha y el verano con la fuerza del sol, nunca descansé y no he sabido qué sea estar sin dolor un hora? CRESPO: ¡Dios, señor, os dé paciencia! LOPE: ¿Para qué la quiero yo? CRESPO: ¡No os la dé! LOPE: Nunca acá venga, sino que dos mil demonios carguen conmigo y con ella. CRESPO: ¡Amén! Y si no lo hacen es por no hacer cosa buena. LOPE: ¡Jesús mil veces, Jesús! CRESPO: Con vos y conmigo sea. LOPE: ¡Voto a Cristo, que me muero! CRESPO: ¡Voto a Cristo, que me pesa! Saca la mesa JUAN JUAN: Ya tienes la mesa aquí. LOPE: ¿Cómo a servirla no entran mis criados?

CRESPO: Yo, señor, dije, con vuestra licencia, que no entraran a serviros, y que en mi casa no hicieran prevenciones; que a Dios gracias, pienso, que no os falte en ella nada. LOPE: Pues, que no entran criados, hacedme favor que venga vuestra hija aquí a cenar conmigo. CRESPO: Dile que venga tu hermana al instante, Juan. Vase JUAN LOPE: Mi poca salud me deja sin sospecha en esta parte. CRESPO: Aunque vuestra salud fuera, señor, la que yo os deseo, me dejara sin sospecha. Agravio hacéis a mi amor que nada de eso me inquieta; que el decirle que no entrara aquí fue con advertencia de que no estuviese a oír ociosas impertinencias; que si todos los soldados corteses, como vos, fueran, ella había de acudir a servirlos la primera. LOPE: (¡Qué ladino es el villano! Aparte ¡Oh, cómo tiene prudencia!) Salen INÉS e ISABEL [y JUAN] ISABEL: ¿Qué es, señor, lo que me mandas? CRESPO: El señor don Lope intenta honraros. Él es quien llama. ISABEL: Aquí está una esclava vuestra. LOPE: Serviros intento yo. (¡Qué hermosura tan honesta!) Aparte Que cenéis conmigo quiero. ISABEL: Mejor es, que a vuestra cena sirvamos las dos. LOPE: Sentaos. CRESPO: Sentaos. Haced lo que ordena el señor don Lope. ISABEL: Está el mérito en la obediencia. Tocan guitarras [dentro] LOPE: ¿Qué es aquello? CRESPO: Por la calle los soldados se pasean, cantando y bailando. LOPE: Mal los trabajos de la guerra, sin aquesta libertad se llevarán; que es estrecha religión la de un soldado, y darle ensanchas es fuerza. JUAN: Con todo eso es linda vida. LOPE: ¿Fuérades con gusto a ella? JUAN: Sí, señor, como llevara por amparo a vueselencia. Dentro [dicen y luego cantan] UNO: Mejor se cantará aquí. REBOLLEDO: Vaya a Isabel una letra. Para que despierte, tira a su ventana una piedra. CRESPO: (A ventana señalada Aparte va la música. ¡Paciencia!)

MÚSICOS: "La flores del romero, niña Isabel, hoy son flores azules, y mañana serán miel." LOPE: (Música, vaya. Mas esto Aparte de tirar es desvergüenza. ¡Y a la casa donde estoy venirse a dar cantaletas!... Pero disimularé por Pedro Crespo y por ella.) ¡Qué travesuras! CRESPO: Son mozos. (Si por don Lope, no fuera, Aparte yo les hiciera...) JUAN: (Si yo Aparte una rodelilla vieja que en el cuarto de don Lope está colgada, pudiera sacar...) [JUAN] hace que se va CRESPO: ¡Dónde vais, mancebo? JUAN: Voy a que traigan la cena. CRESPO: Allá hay mozos que la traigan. TODOS: Despierta, Isabel, despierta. ISABEL: (¿Qué culpa tengo yo, cielos, Aparte para estar a esto sujeta?) LOPE: Ya no se puede sufrir, porque es cosa muy mal hecha. Arroja don LOPE la mesa CRESPO: Pues, ¡y cómo si lo es! Arroja Pedro CRESPO la silla LOPE: Llevéme de mi impaciencia. ¿No es, decidme, muy mal hecho, que tanto una pierna duela? CRESPO: De eso mismo hablaba yo. LOPE: Pensé que otra cosa era. Como arrojasteis la silla... CRESPO: Como arrojasteis la mesa vos, no tuve que arrojar otra cosa yo más cerca. (¡Disimulemos honor!) Aparte LOPE: (¡Quién en la calle estuviera!) Aparte Ahora bien, cenar no quiero. Retiraos. CRESPO: Enhorabuena. LOPE: Señora, quedad con Dios. ISABEL: El cielo os guarde. LOPE: (A la puerta Aparte de la calle, ¿no es mi cuarto? Y en él, ¿no está una rodela?) CRESPO: (¿No tiene puerta el corral, Aparte y yo una espadilla vieja?) LOPE: Buenas noches. CRESPO: Buenas noches. (Encerraré por de fuera Aparte a mis hijos.) LOPE: (Dejaré Aparte un poco la casa quieta.) ISABEL: (¡Oh, qué mal, cielos, los dos Aparte disimulan que les pesa!) INÉS: (Mal el uno por el otro Aparte van haciendo la deshecha.) CRESPO: ¡Hola, mancebo! JUAN: ¿Señor? CRESPO: Acá está la cama vuestra. Vanse [todos]. Salen don ÁLVARO, el

SARGENTO, la CHISPA y REBOLLEDO, con guitarras, y soldados REBOLLEDO: Mejor estamos aquí, el sitio es más oportuno; tome rancho cada uno. CHISPA: ¿Vuelve la música? REBOLLEDO: Sí. CHISPA: Ahora estoy en mi centro. ÁLVARO: ¡Que no haya un ventana entreabierto esta villana! SARGENTO: Pues bien lo oyen allá dentro. CHISPA: Espera. SARGENTO: Será a mi costa REBOLLEDO: No es más de hasta ver quién es quien llega. CHISPA: ¿Pues qué? ¿No ves un jinete de la costa? Salen don MENDO con adarga, y NUÑO MENDO: ¿Ves bien lo que pasa? NUñO: No, no veo bien; pero bien lo escucho. MENDO: ¿Quién, cielos, quien esto puede sufrir? NUÑO: Yo. MENDO: ¿Abrirá acaso Isabel la ventana? NUÑO: Sí, abrirá. MENDO: No hará, villano. NUÑO: No hará. MENDO: ¡Ah celos, pena crüel! Bien supiera yo arrojar a todos a cuchilladas de aquí; mas disimuladas mis desdichas han de estar hasta ver, si ella ha tenido culpa de ello. NUÑO: Pues aquí nos sentemos. MENDO: Bien. Así estaré desconocido. REBOLLEDO: Pues ya el hombre se ha sentado --si ya no es, que ser ordena algún alma que anda en pena de las cañas que ha jugado con su adarga a cuestas. Da voz al aire. CHISPA: Ya él la lleva. REBOLLEDO: Va una jácara tan nueva, que corra sangre. CHISPA: Sí hará. Salen don LOPE y Pedro CRESPO a un tiempo, con broqueles. [Canta la CHISPA] CHISPA: "Érase cierto Sampayo la flor de los andaluces, el jaque de mayor porte, y el jaque de mayor lustre; éste, pues, a la Chillona topó un día..." REBOLLEDO: No le culpen la fecha, que el consonante quiere que haya sido en lunes. CHISPA: "Topó, digo, a la Chillona, que, brindando entre dos luces, ocupaba con el Garlo la casa de los azumbres. El Garlo, que siempre fue en todo lo que le cumple rayo de tejado abajo, porque era rayo sin nube, sacó

la espada, y a un tiempo un tajo y revés sacude." Acuchíllanlos don LOPE y Pedro CRESPO CRESPO: Sería de esta manera. LOPE: Que sería así no duden. Métenlos a cuchilladas y sale don LOPE LOPE: ¡Gran valor! Uno ha quedado de ellos, que es el que está aquí. Sale Pedro CRESPO CRESPO: Cierto es que el que queda ahí sin duda es algún soldado. LOPE: Ni aun éste no ha de escapar sin almagre. CRESPO: Ni éste quiero que quede sin que mi acero la calle le haga dejar. LOPE: ¿No huís con los otros? CRESPO: ¡Huid vos, que sabréis hüír más bien! Riñen LOPE: ¡Voto a Dios, que riñe bien! CRESPO: ¡Bien pelea, voto a Dios! Sale JUAN JUAN: (¡Quiera el cielo, que le tope!) Aparte Señor, a tu lado estoy. LOPE: ¿Es Pedro Crespo? CRESPO: Yo soy. ¿Es don Lope? LOPE: Sí, es don Lope. ¿Que no habíais, no dijisteis, de salir? ¿Qué hazaña es ésta? CRESPO: Sean disculpa y respuesta hacer lo que vos hicisteis. LOPE: Aquesta era ofensa mía, vuestra no. CRESPO: No hay que fingir; que yo he salido a reñir por haceros compañía. Dentro, los SOLDADOS SOLDADO 1: A dar muerte nos juntemos a estos villanos. Salen don ÁLVARO y todos ÁLVARO: Mirad... LOPE: ¿Aquí no estoy yo? Esperad. ¿De qué son estos extremos? ÁLVARO: Los soldados han tenido, porque se estaban holgando en esta calle cantando sin alboroto y rüido, una pendencia, y yo soy quien los está deteniendo. LOPE: Don Álvaro, bien entiendo vuestra prudencia; y pues hoy aqueste lugar está en ojeriza, yo quiero excusar rigor más fiero; y pues amanece ya, orden doy, que en todo el día, para que mayor no sea el daño, de Zalamea saquéis vuestra compañía. Y estas cosas acabadas, no vuelvan a ser, porque la paz otra vez pondré, ¡voto a Dios!, a cuchilladas. ÁLVARO: Digo que aquesta mañana la compañía haré marchar. (La vida me has de costar, Aparte hermosísima

villana.) Vanse don ÁLVARO y los SOLDADOS CRESPO: (Caprichudo es el don Lope; Aparte ya haremos migas los dos.) LOPE: Veníos conmigo vos, y solo ninguno os tope. Vanse [todos]. Salen don MENDO y NUÑO herido MENDO: ¿Es algo, Nuño, la herida? NUÑO: Aunque fuera menor, fuera de mí muy mal recibida, y mucho más que quisiera MENDO: Yo no he tenido en mi vida mayor pena ni tristeza. NUÑO: Yo tampoco. MENDO: Que me enoje es justo. ¿Que su fiereza luego te dio en la cabeza? NUÑO: Todo este lado me coge. Tocan MENDO: ¿Qué es esto? NUÑO: La compañía que hoy se va. MENDO: Y es dicha mía, pues con este cesarán los celos del capitán. NUÑO: Hoy se ha de ir en todo el día. Salen don ÁLVARO y el SARGENTO ÁLVARO: Sargento, vaya marchando, antes que decline el día, con toda la compañía, y con prevención que, cuando se esconda en la espuma fría del océano español ese luciente farol, en ese monte le espero, porque hallar mi vida quiero hoy en la muerte del sol. SARGENTO: Calla, que está aquí un figura del lugar. MENDO: Pasar procura, sin que entiendan mi tristeza. No muestres, Nuño, flaqueza. NUÑO: ¿Puedo yo mostrar gordura? Vanse [don MENDO y NUÑO] ÁLVARO: Yo he de volver al lugar, porque tengo prevenida una criada a mirar si puedo por dicha hablar a aquesta hermosa homicida. Dádivas han granjeado, que apadrine mi cuidado. SARGENTO: Pues, señor, si has de volver, mira que habrás menester volver bien acompañado, porque al fin no hay que fiar de villanos. ÁLVARO: Ya lo sé. Algunos puedes nombrar que vuelvan conmigo. SARGENTO: Haré cuanto me quieras mandar. Pero, ¿si acaso volviese don Lope, y te conociese al volver? ÁLVARO: Ese temor quiso también que perdiese en esta parte mi amor; que don Lope se ha de ir hoy también

a prevenir todo el tercio a Guadalupe; que todo lo dicho supe, yéndome ahora a despedir de él; porque ya el Rey vendrá, que puesto en camino está. SARGENTO: Voy, señor, a obedecerte. ÁLVARO: Que me va la vida, advierte. Vase [el SARGENTO] y salen REBOLLEDO y la CHISPA REBOLLEDO: ¡Señor, albricias me da! ÁLVARO: ¿De qué han de ser, Rebolledo? REBOLLEDO: Muy bien merecerlas puedo, pues solamente te digo... ÁLVARO: ¿Qué? REBOLLEDO: ...que ya hay un enemigo menos a quien tener miedo. ÁLVARO: ¿Quién es? Dilo presto. REBOLLEDO: Aquel mozo, hermano de Isabel. Don Lope se le pidió al padre, y él se le dio, y va a la guerra con él. En la calle le he topado muy galán, muy alentado, mezclando a un tiempo, señor, rezagos de labrador con primicias de soldado. De suerte que el viejo es ya quien pesadumbre nos da. ÁLVARO: Todo nos sucede bien, y más, si me ayuda quien esta esperanza me da de que esta noche podré hablarla. REBOLLEDO: No pongas duda. ÁLVARO: Del camino volveré; que ahora es razón que acuda a la gente, que se ve ya marchar. Los dos seréis los que conmigo vendréis. Vase [don ÁLVARO] REBOLLEDO: Pocos somos, vive Dios, aunque vengan otros dos, otros cuatro y otros seis. CHISPA: Y yo, si tú has de volver allá, ¿qué tengo de hacer? Pues no estoy segura yo, si da conmigo el que dio al barbero que coser. REBOLLEDO: No sé qué he de hacer de ti. ¿No tendrás ánimo, di, de acompañarme? CHISPA: ¿Pues no? Vestido no tengo yo; ánimo y esfuerzo, sí. REBOLLEDO: Vestido no faltará; que ahí otro del paje está de jineta, que se fue. CHISPA: Pues yo a la par pasaré con él. REBOLLEDO: Vamos, que se va la bandera. CHISPA: Y yo veo ahora porque en el mundo he cantado... Canta [la CHISPA] "...que el amor del soldado no dura un hora." Vanse y salen don LOPE, Pedro

CRESPO, y JUAN LOPE: A muchas cosas os soy en extremo agradecido; pero, sobre todas, ésta de darme hoy a vuestro hijo para soldado, en el alma os la agradezco y estimo. CRESPO: Yo os le doy para criado. LOPE: Yo os le llevo para amigo; que me ha inclinado en extremo su desenfado y su brío, y la afición a las armas. JUAN: Siempre a vuestros pies rendido me tendréis, y vos veréis de la manera que os sirvo, procurando obedeceros en todo. CRESPO: Lo que os suplico es que perdonéis, señor, si no acertare a serviros; porque en el rústico estudio, adonde rejas y trillos, palas, azadas y bieldos son nuestros mejores libros, no habrá podido aprender lo que en los palacios ricos enseña la urbanidad política de los siglos. LOPE: Ya que va perdiendo el sol la fuerza, irme determino. JUAN: Veré si viene, señor, la litera. Vase [JUAN] y salen INÉS e ISABEL ISABEL: ¿Y es bien iros sin despediros de quien tanto desea serviros? LOPE: No me fuera sin besaros las manos y sin pediros que liberal perdonéis un atrevimiento digno de perdón, porque no el precio hace el don, sino el servicio. Esta venera que, aunque está de diamantes ricos guarnecida, llega pobre a vuestras manos, suplico que la toméis y traigáis por patena en nombre mío. ISABEL: Mucho siento que penséis, con tan generoso indicio, que pagáis el hospedaje, pues, de honra que recibimos, somos los deudores. LOPE: Esto no es paga, sino cariño. ISABEL: Por cariño, y no por paga, solamente la recibo. A mi hermano os encomiendo, ya que tan dichoso ha sido que merece ir por criado vuestro. LOPE: Otra vez os afirmo que podéis descuidar de él; que va, señora, conmigo. Sale JUAN JUAN: Ya está la litera puesta. LOPE: Con Dios os quedad. CRESPO: El mismo os guarde. LOPE: ¡Ah, buen Pedro Crespo! CRESPO: ¡Oh, señor don Lope invicto! LOPE: ¿Quién nos dijera aquel día primero que aquí nos vimos, que

habíamos de quedar para siempre tan amigos? CRESPO: Yo lo dijera, señor, si allí supiera, al oíros, que erais... LOPE: Decid por mi vida. CRESPO: Loco de tan buen capricho. Vase [don LOPE y habla Pedro CRESPO] a JUAN En tanto que se acomoda el señor don Lope, hijo, ante tu prima y tu hermana, escucha lo que te digo. Por la gracia de Dios, Juan, eres de linaje limpio, más que el sol, pero villano. Lo uno y otro te digo; aquello, porque no humilles tanto tu orgullo y tu brío, que dejes, desconfiado, de aspirar con cuerdo arbitrio a ser más; lo otro, porque no vengas desvanecido a ser menos. Igualmente usa de entrambos designios con humildad; porque, siendo humilde, con cuerdo arbitrio acordarás lo mejor y como tal, en olvido pondrás cosas, que suceden al revés en los altivos. ¡Cuántos, teniendo en el mundo algún defecto consigo, le han borrado por humildes; y cuántos, que no han tenido defecto, se le han hallado, por estar ellos mal vistos! Sé cortés sobre manera; sé liberal y partido, que el sombrero y el dinero son los que hacen los amigos; y no vale tanto el oro que el sol engendra en el indio suelo, y que consume el mar, como ser uno bienquisto. No hables mal de las mujeres; la más humilde, te digo, que es digna de estimación; porque al fin de ellas nacimos. No riñas por cualquier cosa; que cuando en los pueblos miro muchos, que a reñir se enseñan, mil veces entre mí digo: "Aquesta escuela no es la que ha de ser". Pues colijo que no ha de enseñarse a un hombre con destreza, gala y brío a reñir, sino a por qué ha de reñir; que yo afirmo que, si hubiera un maestro solo que enseñara prevenido, no el cómo, el por qué se riña, todos le dieran sus hijos. Con esto y con el dinero que llevas para el camino, y para hacer, en llegando de asiento, un par de vestidos, al amparo de don Lope y mi bendición, yo fío en Dios, que tengo de verte en otro puesto. Adiós, hijo;

que me enternezco en hablarte. JUAN: Hoy tus razones imprimo en el corazón, adonde vivirán, mientras yo vivo. Dame tu mano. Y tú, hermana, los brazos; que ya ha partido don Lope mi señor, y es fuerza alcanzarlo. ISABEL: Los míos bien quisieran detenerte. JUAN: Prima, adiós. INÉS: Nada te digo con la voz, porque los ojos hurtan a la voz su oficio. Adiós. CRESPO: ¡Ea, vete presto! Que cada vez que te miro, siento más el que te vayas, y ha de ser, porque lo he dicho. JUAN: El cielo con todos quede. Vase [JUAN] CRESPO: El cielo vaya contigo. ISABEL: ¡Notable crueldad has hecho! CRESPO: Ahora,que no le miro, hablaré más consolado. ¿Qué había de hacer conmigo sino ser toda su vida un holgazán, un perdido? Váyase a servir al Rey. ISABEL: Que de noche haya salido, me pesa a mí. CRESPO: Caminar de noche por el estío, antes es comodidad, que fatigo; y es preciso que a don Lope alcance luego al instante. (Enternecido Aparte me deja, cierto, el muchacho, aunque en público me animo.) ISABEL: Éntrate, señor, en casa. INÉS: Pues sin soldados vivimos, estémonos otro poco gozando a la puerta el frío viento que corre; que luego saldrán por ahí los vecinos. CRESPO: (A la verdad, no entro dentro Aparte porque desde aquí imagino como el camino blanquea veo a Juan en el camino.) Inés, sácame a esta puerta asiento. INÉS: Aquí está un banquillo. ISABEL: Esta tarde diz que ha hecho la villa elección de oficios. CRESPO: Siempre aquí por el agosto se hace. Salen don ÁLVARO, el SARGENTO, REBOLLEDO, la CHISPA y soldados ÁLVARO: Pisad sin rüido. Llega, Rebolledo, tú, y da a la criada aviso de que ya estoy en la calle. REBOLLEDO: Yo voy. Mas, ¿qué es lo que miro? A su puerta hay gente. SARGENTO: Y yo en los reflejos y visos que la luna hace en el rostro, que es Isabel, imagino, ésta. ÁLVARO: Ella es; mas que la luna, el corazón me

lo ha dicho. A buena ocasión llegamos. Si ya, que una vez venimos, nos atrevemos a todo, buena venida habrá sido. SARGENTO: ¿Estás para oír un consejo? ÁLVARO: No. SARGENTO: Pues ya no te lo digo. Intenta lo que quisieres. ÁLVARO: Yo he de llegar y atrevido quitar a Isabel de allí. Vosotros a un tiempo mismo impedid a cuchilladas el que me sigan. SARGENTO: Contigo venimos y a tu arden hemos de estar. ÁLVARO: Advertid, que el sitio en que habemos de juntarnos es ese monte vecino que está a la mano derecha, como salen del camino. REBOLLEDO: ¡Chispa! CHISPA: ¿Qué? REBOLLEDO: Ten estas capas. CHISPA: Que es del reñir, imagino, la gala, el guardar la ropa, aunque del nadar se dijo. ÁLVARO: Yo he de llegar el primero. CRESPO: Harto hemos gozado el sitio. Entrémonos allá dentro. ÁLVARO: Ya es tiempo. ¡Llegad, amigos! ISABEL: ¡Ah, traidor! ¡Señor! ¿Qué es esto? ÁLVARO: Es una furia, un delirio de amor. Llévanla ISABEL: ¡Ah, traidor! ¡Señor! CRESPO: ¡Ah, cobardes! INÉS: ¡Señor mío, yo quiero aquí retirarme! Vase [ISABEL] CRESPO: Como echáis de ver, ¡ah, impíos!, que estoy sin espada, aleves, falsos y traidores! REBOLLEDO: Idos, si no queréis que la muerte sea el último castigo. CRESPO: ¿Qué importará, si está muerto mi honor, el quedar yo vivo? ¡Ah, quién tuviera una espada! Cuando sin armas te sido es imposible. Ya airado a ir por ella me animo. ¡Los he de perder de vista! ¿Qué he de hacer hados esquivos que de cualquiera manera es uno solo el peligro? Sale INÉS con la espada INÉS: Ésta, señor, es tu espada. Vase [INÉS] CRESPO: A buen tiempo la has traído. Ya tengo honra, pues ya tengo espada con que seguirlos. Soltad la presa, traidores cobardes, que habéis traído, que he de cobrarla o la vida he de perder. Riñen SARGENTO: Vano ha sido tu intento, que somos muchos. CRESPO:

Mis males son infinitos, y riñen todos por mí. Pero la tierra que piso me ha faltado. Cae [Pedro CRESPO] REBOLLEDO: ¡Dale muerte! SARGENTO: Mirad, que es rigor impío quitarle la vida y honor; mejor es en lo escondido del monte dejarle atado, porque no lleve el aviso. Dentro [ISABEL] ISABEL: ¡Padre y señor! CRESPO: Hija mía! REBOLLEDO: Retírale, como has dicho. CRESPO: Hija, solamente puedo seguirte con mis suspiros. Llévanle y sale JUAN ISABEL: ¡Ay de mí! JUAN: ¡Qué triste voz! CRESPO: ¡Ay de mí! JUAN: ¡Mortal gemido! A la entrada de este monte cayó mi rocín conmigo, veloz corriendo, y yo ciego por la maleza le sido. Tristes voces a una parte, y a otra míseros gemidos escucho, que no conozco, porque llegan mal distintos. Dos necesidades son las que apellidan a gritos mi valor; y pues iguales, a mi parecer, han sido, y uno es hombre, otro mujer, a seguir ésta me animo; que así obedezco a mi padre en dos cosas que me dijo: "Reñir con buena ocasión, y honrar la mujer." Pues miro que así honro a la mujer, y con buena ocasión riño. FIN DE LA SEGUNDA JORNADA

Esta obra se encuentra en dominio público. Esto es aplicable en todo el mundo debido a que su autor falleció hace más de 100 años. La traducción de la obra puede no estar en dominio público. (Más información...)

Public domainPublic domainfalsefalse

Jornada Tercera

Sale ISABEL como llorando ISABEL: Nunca amanezca a mis ojos la luz hermosa del día, porque a su sombra no tenga vergüenza yo de mí misma. ¡Oh tú, de tantas estrellas primavera fugitiva, no des lugar a la aurora, que tu azul campaña pisa, para que con risa y llanto borre tu apacible vista! Y ya que ha de ser, que sea con llanto, mas no con risa. ¡Detente, oh mayor planeta, mas tiempo en la espuma fría del mar! Deja que una vez dilate la noche fría su trémulo imperio; deja que de tu deidad se diga, atenta a mis ruegos, que es voluntaria y no precisa! ¿Para qué quieres salir a ver en la historia mía la más enorme maldad, la más fiera tiranía, que en venganza de los hombre quiere el cielo que se escriba? Mas, ¡ay de mí!, que parece que es fiera tu tiranía; pues desde que te rogué que te detuvieses, miran mis ojos tu faz hermosa descollarse por encima de los montes. ¡Ay de mí, que acosada y perseguida de tantas penas, de tantas ansias, de tantas impías fortunas, contra mi honor se han conjurado tus iras! ¿Qué he de hacer? ¿Dónde he de ir? Si a mi casa determinan volver mis erradas plantas, será dar nueva mancilla a un anciano padre mío, que otro bien, otra alegría no tuvo, sino mirarse en la clara luna limpia de mi honor, que hoy desdichado tan torpe mancha le eclipsa. Si dejo, por su respeta y mi temor afligida, de

volver a casa, dejo abierto el paso a que diga que fui cómplice en mi infamia; y ciega e inadvertida vengo a hacer de la inocencia acreedora a la malicia. ¡Qué mal hice, qué mal hice de escaparme fugitiva de mi hermano! ¿No valiera más que su cólera altiva me diera la muerte, cuando llegó a ver la suerte mía? Llamarle quiero, que vuelva con saña más vengativa, y me dé muerte. Confusas voces el eco repita, diciendo... Dentro [Pedro CRESPO] CRESPO: Vuelve a matarme, serás piadoso homicida; que no es piedad, no, dejar a un desdichado con vida. ISABEL: ¿Qué voz es ésta, que mal pronunciada y poco oída, no se deja conocer? CRESPO: Dadme muerte, si os obliga ser piadosos. ISABEL: ¡Cielos, cielos! Otro la muerte apellida, otro desdichado hay que hoy a pesar suyo viva. Mas, ¿qué es lo que ven mis ojos? Descúbrese CRESPO atado CRESPO: Si piedades solicita cualquiera que aqueste monte temerosamente pisa, llegue a dar muerte... Mas, ¡cielos! ¿Qué es lo que mis ojos miran? ISABEL: Atadas atrás las manos a una rigurosa encina... CRESPO: Enterneciendo los cielos con las voces que apellida... ISABEL: ...mi padre está. CRESPO: ...mi hija viene. ISABEL: ¡Padre y señor! CRESPO: ¡Hija mía! Llégate, y quita estos lazos. ISABEL: No me atrevo; que si quitan los lazos, que te aprisionan, una vez las manos mías, no me atreveré, señor, a contarte mis desdichas, a referirte mis penas; porque, si una vez te miras con manos y sin honor me darán muerte tus iras, y quiero ante que las veas referirte a mis fatigas. CRESPO: Detente, Isabel, detente. No prosigas; que desdichas, Isabel, para contarlas no es menester referirlas. ISABEL: Hay muchas cosas que sepas, y es forzoso que al decirlas tu valor se irrite, y quieras vengarlas antes de oírlas. Estaba anoche gozando la seguridad tranquila, que al abrigo de tus canas mis años me prometían, cuando aquellos embozados traidores, que

determinan que lo que el honor defiende el atrevimiento rinda, me robaros; bien así, como de los pechos quita carnicero hambriento lobo a la simple corderilla. Aquel capitán, aquel huésped ingrato, que el día primero introdujo en casa tan nunca esperada cisma de traiciones y cautelas, de pendencias y rencillas, fue el primero que en sus brazos me cogió, mientras le hacías espaldas otros traidores, que la bandera militan. Aquese intricado, oculto monte que está a la salida del lugar, fue su sagrado. ¿Cuándo de la tiranía no son sagrados los montes? Aquí ajena de mí misma dos veces me miré, cuando aun tu voz, que me seguía, me dejó, porque ya el viento a quien tus acentos fías, con la distancia, por puntos adelgazándose iba; de suerte, que las que eras antes razones distintas, no eran voces sino ríos; luego en el viento esparcidas, no eran voces, sino ecos de una confusas noticias; como aquel que oye un clarín, que, cuando de él se retira, le queda por mucho rato, si no el ruido, la noticia. El traidor pues, en mirando que ya nadie hay quien le diga, que ya nadie hay que me ampara, porque hasta la luna misma ocultó entre pardas sombras, o crüel o vengativa, aquella, ¡ay de mí!, prestada luz, que del sol participa, pretendió--¡ay de mí otra vez y otras mil!--con fementidas palabras buscar disculpa a su amor. ¿A quién no admira querer de un instante a otro hacer la ofensa caricia? ¡Mal hay el hombre, mal haya el hombre que solicita por fuerza ganar un alma! Pues no advierte, pues no mira, que las victorias de amor no hay trofeo en que consistan, sino en granjear el cariño de la hermosura que estiman; porque querer sin el alma una hermosura ofendida, es querer una belleza hermosa pero no viva! ¡Qué ruegos, qué sentimientos, ya de humilde, ya de altiva, no le dije! Pero en vano; pues--¡calle aquí la voz mía!-- soberbio--¡enmudezca el llanto!-- atrevido--¡el

pecho gima!-- descortés--¡lloren los ojos!-- fiero--¡ensordezca la envidia!-- tirano--¡falte el aliento!-- osado--¡luto me vista!... y si lo que la voz yerra, tal vez el acción explica. De vergüenza cubro el rostro, de empacho lloro ofendida, de rabia tuerzo las manos, el pecho rompe de ira. Entiende tú las acciones; pues no hay voces que lo digan. Baste decir que a las quejas de los vientos repetidas, en que ya no pedía al cielo socorro sino justicia, salió el alba, y con el alba, trayendo a la luz por guía, sentí ruido entre unas ramas. Vuelvo a mirar quién sería, y veo a mi hermano. ¡Ay cielos! ¿Cuándo, cuándo, ah suerte impía, llegaron a un desdichado los favores con más prisa? Él, a la dudosa luz que, si no alumbra, domina, reconoce el daño antes que ninguno se lo diga --que son linces los pesares que penetran con la vista--. Sin hablar palabra, saca el acero, que aquel día le ceñiste. El capitán, que el tardo socorro mira en mi favor, contra el suyo saca la blanca cuchilla. Cierra el uno con el otro; este repara, aquel tira; y yo, en tanto que los dos generosamente lidian, viendo temerosa y triste, que mi hermano no sabía si tenía culpa o no, por no aventurar mi vida en la disculpa, la espalda vuelvo, y por la entretejida maleza del monte huyo; pero no con tanta prisa, que no hiciese de unas ramas intricadas celosías; porque deseaba, señor, saber lo mismo que huía. A poco rato mi hermano dio al capitán una herida. Cayó. Quiso asegurarle... cuando los que ya venían buscando a su capitán en su venganza se incitan. Quiere defenderse; pero viendo que era una cuadrilla, corre veloz. No le siguen, porque todos determinan más acudir al remedio que a la venganza que incitan. En brazos al capitán, volvieron hacia la villa, sin mirar en su delito; que en las penas sucedidas acudir determinaron primero a la más precisa. Yo, pues, que atenta miraba eslabonadas y asidas unas ansias de otras ansias, ciega, confusa y corrida,

discurrí, bajé, corrí, sin luz, sin norte, sin guía, monte, llano y espesura, hasta que a tus pies rendida, antes que me des la muerte, te he contado mis desdichas. Ahora, que ya las sabes, generosamente anima contra mi vida el acero, el valor contra mi vida; que ya para que me mates aquestos lazos te quitan mis manos; alguno de ellos mi cuello infeliz oprima. Desátale Tu hija soy, sin honra estoy, y tú libre; solicita con mi muerte tu alabanza, para que de ti se diga que, por dar vida a tu honor diste la muerte a tu hija. Arrodíllase CRESPO: Álzate, Isabel, del suelo; no, no estás más de rodillas; que a no haber estos sucesos que atormenten y persigan, ociosas fueran las penas, sin estimación las dichas. Para los hombres se hicieron, y es menester que se impriman con valor dentro del pecho. Isabel, vamos aprisa; demos la vuelta a mi casa; que este muchacho peligra, y hemos menester hacer diligencias exquisitas, por saber de él, y ponerle en salvo. ISABEL: (¡Fortuna mía, Aparte o mucha cordura o mucha cautela es ésta!) CRESPO: Camina. (¡Vive Dios que si la fuerza Aparte y necesidad precisa de curarse hizo volver al capitán a la villa, que pienso que le está bien morirse de aquella herida por excusarse de otra y otras mil, que el ansia mía no ha de parar hasta darle la muerte!) ¡Ea! Vamos, hija, a nuestra casa. Sale el ESCRIBANO ESCRIBANO: ¡Oh, señor, Pedro Crespo! ¡Dame albricias! CRESPO: ¿Albricias? ¿De qué, escribano? ESCRIBANO: En concejo aqueste día os ha hecho alcalde, y tenéis para estrena de justicia dos grandes acciones hoy. La primera es la venida del Rey, que estará hoy aquí, o mañana en todo el día según dicen. Es la otra, que ahora han traído a la villa de secreto unos soldados a curarse con gran prisa aquel capitán que ayer tuvo aquí su compañía. Él no dice quién le hirió; pero si esto se averigua será una gran causa. CRESPO: (¡Cielos, Aparte cuando vengarte

imaginas, me hace dueño de mi honor la vara de la justicia! ¿Cómo podré delinquir yo, si en esta hora misma me ponen a mí por juez para que otros no delincan? Pero cosas como aquestas no se ven con tanta prisa.) En extremo agradecido estoy a quien solicita honrarme. ESCRIBANO: Vení a la casa del concejo y, recibida la posesión de la vara, haréis en la causa misma averiguaciones. CRESPO: Vamos. A ISABEL A tu casa te retira. ISABEL: (¡Duélese el cielo de mí!) Aparte Yo he de acompañarte. CRESPO: Hija, ya tenéis el padre alcalde, él os guardará justicia. Vanse. Salen don ÁLVARO con banda, como herido, y el SARGENTO ÁLVARO: Pues la herida no era nada, ¿por qué me hicisteis volver aquí? SARGENTO: ¿Quién pudo saber lo que era antes de curada? ÁLVARO: Ya la cura prevenida, hemos de considerar, que no es bien aventurar hoy la vida por la herida. SARGENTO: ¿No fuera mucho peor que te hubieras desangrado? ÁLVARO: Puesto que ya estoy curado, detenernos será error. Vámonos, antes que corra voz de que estamos aquí. ¿Están ahí los otros? SARGENTO: Sí. ÁLVARO: Pues la fuga nos socorra del riesgo de estos villanos, que, si se llega a saber que estoy aquí, habrá de ser fuerza apelar a las manos. Sale REBOLLEDO REBOLLEDO: La justicia aquí se ha entrado. ÁLVARO: ¿Qué tiene que ver conmigo justicia ordinaria? REBOLLEDO: Digo, que hasta aquí ha llegado. ÁLVARO: Nada me puede a mí estar mejor, llegando a saber que estoy aquí, y no temer a la gente del lugar; que la justicia es forzoso remitirme en esta tierra a mi consejo de guerra; con que, aunque el lance es penoso, tengo mi seguridad. REBOLLEDO: Sin duda se ha querellado el villano. ÁLVARO: Eso he pensado. Dentro ESCRIBANO: Todas las puertas tomad, y no me salga de aquí soldado que aquí estuviere; y al que salirse quisiere, matadle. Salen

Pedro CRESPO con vara, el ESCRIBANO, y los que puedan ÁLVARO: Pues, ¿cómo así entráis? Mas... ¿qué es lo que veo? CRESPO: ¿Cómo no? A mi parecer la justicia ha menester más licencia, a lo que creo. ÁLVARO: La justicia, cuando vos de ayer acá lo seáis, no tiene, si lo miráis, que ver conmigo. CRESPO: Por Dios, señor, que no os alteréis; que sólo a una diligencia vengo, con vuestra licencia, aquí, y que solo os quedéis importa. A los soldados ÁLVARO: Salíos de aquí. Al ESCRIBANO y los otros CRESPO: Salíos vosotros también. Al escribano Con esos soldados ten gran cuidado. ESCRIBANO: Harélo así. Vanse [el ESCRIBANO, los soldados, y los labradores] CRESPO: Ya que yo, como justicia, me valí de su respeto, para obligaros a oírme, la vara a esta parte dejo, y como un hombre no más deciros mis penas quiero. Arrima la vara Y puesto que estamos solos, señor don Álvaro, hablemos más claramente los dos sin que tantos sentimientos como tiene encerrados en las cárceles del pecho acierten a quebrantar las prisiones del silencio. Yo soy un hombre de bien; que a escoger mi nacimiento, no dejara, es Dios Testigo, un escrúpulo, un defecto en mí, que suplir pudiera la ambición de mi deseo. Siempre acá entre mis iguales me he tratado con respeto. De mí hacen estimación el cabildo y el concejo. Tango muy bastante hacienda, porque no hay, gracias al cielo, otro labrador más rico en todos aquestos pueblos de la comarca. Mi hija se ha crïado, a lo que pienso, con la mejor opinión, virtud y recogimiento del mundo. Tal madre tuvo --téngala Dios en el cielo!-- ...Bien pienso que bastará, señor, para abono de esto, el ser rico, y no haber quien me murmure, ser modesto, y no haber quien me baldone; y mayormente viviendo en un lugar corto, donde otra falta no tenemos más que decir unos de otros las faltas y los defectos; y pluguiera a Dios, señor,

que se quedara en saberlos. Si es muy hermosa mi hija, díganlo vuestros extremos, aunque pudiera, al decirlos, con mayores sentimientos llorar. Señor, ya esto fue mi desdicha. No apuremos toda la ponzoña al vado; quédese algo al sufrimiento. No hemos de dejar, señor, salirse con todo al tiempo; algo hemos de hacer nosotros para encubrir sus defectos. Éste ya veis si es bien grande, pues aunque encubrirle quiero, no puedo; que sabe Dios, que a poder estar secreto y sepultado en mí mismo, no viniera a lo que vengo; que todo esto remitiera, por no hablar, al sufrimiento. Deseando pues remediar agravio tan manifiesto, buscar remedio a mi afrenta, es venganza, no es remedio; y vagando de uno en otro, uno solamente advierto, que a mí me está bien y a vos no mal; y es, que desde luego os toméis toda mi hacienda, sin que para mi sustento ni el de mi hijo, a quien yo traeré a echar a los pies vuestros, reserve un maravedí, sino quedarnos pidiendo limosna, cuando no haya otro camino, otro medio con que poder sustentarnos. Y si queréis desde luego poner una S y un clavo hoy a los dos y vendernos, será aquesta cantidad más del dote que os ofrezco. Restaurad una opinión que habéis quitado. No creo, que desluzcáis vuestro honor porque los merecimientos, que vuestros hijos, señor, perdieren, por ser mis nietos, ganarán con más ventaja, señor, con ser hijos vuestros. En Castilla, el refrán dice que el caballo--y es lo cierto--lleva la silla. Mirad, Híncase de rodillas que a vuestros pies os lo ruego de rodillas y llorando sobre estas canas que el pecho, viendo nieve y agua, piensa, que se me estás derritiendo. ¿Qué os pido? Un honor os pido, que me quitasteis vos mesmo; y con ser mío, parece, según os lo estoy pidiendo con humildad, que no os pido lo que es mío, sino vuestro. Mirad, que puedo tomarle por mis manos, y no quiero, sino que vos me los deis.

ÁLVARO: (¡Ya me falta el sufrimiento!) Aparte Viejo cansado y prolijo, agradeced que no os doy la muerte a mis manos hoy, por vos y por vuestro hijo; porque quiero que debáis no andar con vos más crüel a la beldad de Isabel. Si vengar solicitáis por armas vuestra opinión, poco tengo que temer; si por justicia ha de ser, no tenéis jurisdicción. CRESPO: ¿Que en fin no os mueve mi llanto? ÁLVARO: Llantos no se han de creer de viejo, niño y mujer. CRESPO: ¿Que no pueda dolor tanto mereceros un consuelo? ÁLVARO: ¿Qué más consuelo queréis, pues con la vida volvéis? CRESPO: Mirad que echado en el suelo mi honor a voces os pido. ÁLVARO: ¡Qué enfado! CRESPO: Mirad que soy alcalde en Zalamea hoy. ÁLVARO: Sobre mí no habéis tenido jurisdicción. Es consejo de guerra enviará por mí. CRESPO: ¿Es eso os resolvéis? ÁLVARO: Sí, caduco y cansado viejo. CRESPO: ¿No hay remedio? ÁLVARO: El de callar es el mejor para vos. CRESPO: ¿No otro? ÁLVARO: No. CRESPO: Pues, ¡juro a Dios, [Levántase y] toma la vara que me lo habéis de pagar! ¡Hola! Salen el ESCRIBANO y los villanos ESCRIBANO: ¿Señor? ÁLVARO: ¿Qué querrán estos villanos hacer? ESCRIBANO: ¿Qué es lo que manda? CRESPO: Prender mando al señor capitán. ÁLVARO: ¡Buenos son vuestros extremos! Con un hombre como yo, en servicio del Rey, no se puede hacer. CRESPO: Probaremos. De aquí, si no es preso o muerto, no saldréis. ÁLVARO: Yo os apercibo que soy un capitán vivo. CRESPO: ¿Soy yo acaso alcalde [tuerto]? Daos al instante a prisión. ÁLVARO: (No me puedo defender Aparte fuerza es dejarme prender.) Al Rey de esta sinrazón me quejaré. CRESPO: Yo también de esa otra; y aun bien que está cerca de aquí, y nos oirá a los dos. Dejar es bien esa espada. ÁLVARO: No es razón, que... CRESPO: ¿Cómo no, si vais preso?

ÁLVARO: Tratad con respeto. CRESPO: Eso está muy puesto en razón. Al ESCRIBANO Con respeto le llevad a las casas en efeto del concejo, y con respeto un par de grillos le echad y una cadena, y tened con respeto gran cuidado, que no hable a ningún soldado. Y a todos también poned en la cárcel, que es razón, y aparte, porque después con respeto a todos tres les tomen la confesión. Aparte a don ÁLVARO Y aquí, para entre los dos si hallo harto paño, en efeto con muchísimo respeto os he de ahorcar, ¡juro a Dios! ÁLVARO: ¡Ah, villanos con poder! Llévanle preso. Vanse. Salen REBOLLEDO, la CHISPA, el ESCRIBANO y CRESPO ESCRIBANO: Este paje, este soldado, son los que mi cüidado sólo ha podido prender; que otro se puso en hüida. CRESPO: Éste el pícaro es que canta. Con un paso de garganta no ha de hacer otro en su vida. REBOLLEDO: ¿Pues qué delito es, señor, el cantar? CRESPO: Que es virtud siento, y tanto, que un instrumento tengo en que cantéis mejor. Resolveos a decir... REBOLLEDO: ¿Qué? CRESPO: ...cuanto anoche pasó... REBOLLEDO: Tu hija, mejor que yo lo sabe. CRESPO: ...o has de morir. CHISPA: Rebolledo, determina negarlo punto por punto; serás, si niegas, asunto para una jacarandina que cantaré. CRESPO: ¿A vos, después, quién otra os ha de cantar? CHISPA: A mí no me pueden dar tormento. CRESPO: Sepamos, pues, por qué. CHISPA: Esto es cosa asentada, y que no hay ley que tal mande. CRESPO: ¿Qué causa tenéis? CHISPA: Bien grande. CRESPO: ¡Decid, cuál! CHISPA: Estoy preñada. CRESPO: (¿Hay cosa más grande? Aparte Mas la cólera me inquieta.) ¿No sois paje de jineta? CHISPA: No, señor, sino de brida. CRESPO: Resolveos a decir vuestros dichos. CHISPA: Sí, diremos y aún más de los que sabemos; que peor será morir. CRESPO: Eso excusará a los dos del tormento. CHISPA:

Si es así, pues para cantar nací, he de cantar, ¡vive Dios! Cantan "¡Tormento me quieren dar!" REBOLLEDO: "Y, ¿qué quieren darme a mí?" CRESPO: ¿Qué hacéis? CHISPA: Templar desde aquí pues que vamos a cantar. Vanse. Sale JUAN JUAN: Desde que al traidor herí en el monte, desde que riñendo con él, porque llegaron tantos, volví la espalda, el monte he corrido, la espesura he penetrado, y a mi hermana no he encontrado. En efecto, me he atrevido a venirme hasta el lugar y entrar dentro de mi casa, donde todo lo que pasa a mi padre he de contar. Veré lo que me aconseja que haga, cielos, en favor de mi vida y de mi honor. Salen ISABEL e INÉS INÉS: Tanto sentimiento deja; que vivir tan afligida, no es vivir, matarte es. ISABEL: Pues, ¿quién te ha dicho, ¡ay Inés!, que no aborrezco la vida? JUAN: Diré a mi padre... ¡ay de mí! ¿No es ésta Isabel? Es llano, pues, ¿qué espero? Saca la daga INÉS: ¡Primo! ISABEL: ¡Hermano! ¿Qué intentas? JUAN: Vengar así la ocasión en que hoy has puesto mi vida y mi honor. ISABEL: ¡Advierte!... JUAN: Tengo de darte la muerte, ¡viven los cielos! Sale Pedro CRESPO [con la vara] CRESPO: ¿Qué es esto? JUAN: Es satisfacer, señor, una injuria, y es vengar una ofensa, y castigar... CRESPO: Basta, basta; que es error que os atreváis a venir... JUAN: (¿Qué es lo que mirando estoy?) Aparte CRESPO: ...delante así de mí hoy, acabando ahora de herir en el monte un capitán. JUAN: Señor, si le hice esa ofensa, que fue en honrada defensa de tu honor. CRESPO: ¡Ea, basta, Juan! ¡Hola! Salen los labradores ¡Llevadle también preso! JUAN: ¿A tu hijo, señor, tratas con tanto rigor? CRESPO: Y aun a mi padre también con tal rigor le tratara. (Aquesto es asegurar Aparte su vida, y han de pensar que es la justicia más rara del mundo.) JUAN: Escucha por qué. Habiendo un traidor herido, a mi hermana he pretendido matar también... CRESPO: Ya lo sé. Pero no

basta sabello yo como yo, que ha de ser como alcalde, y he de hacer información sobre ello; y hasta que conste, qué culpa te resulta del proceso, tengo de tenerte preso. (Yo le hallaré la disculpa.) Aparte JUAN: Nadie entender solicita tu fin, pues sin honra ya prendes a quien te la da, guardando a quien te la quita. Llévanlo preso [a JUAN] CRESPO: Isabel, entra a firmar esta querella que has dado contra aquél que te ha injuriado. ISABEL: ¿Tú, que quisiste ocultar nuestra ofensa, eres ahora quien más trata publicarla? Pues no consigues vengarla, consigue el callarla ahora. CRESPO: Que ya que,como quisiera me quita esta obligación, satisfacer mi opinión ha de ser de esta manera. Vase [ISABEL] Inés, pon ahí esa vara; pues que por bien no ha querido ver el caso conclüido, querrá por mal. Dentro LOPE: ¡Para, para! CRESPO: ¿Qué es aquesto? ¿Quién, quién hoy se apea en mi casa así? Pero, ¿quién se ha entrado aquí? Sale don LOPE LOPE: ¡Oh, Pero Crespo! Yo soy, que volviendo a este lugar de la mitad del camino donde me trae--imagino-- un grandísimo pesar, no era bien ir a apearme a otra parte, siendo vos tan mi amigo. CRESPO: ¡Guárdeos Dios! Que siempre tratáis de honrarme. LOPE: Vuestro hijo no ha parecido por allá. CRESPO: Preso sabréis la ocasión. La que tenéis, señor, de haberos venido, me haced merced de contar; que venís mortal, señor. LOPE: La desvergüenza es mayor que se puede imaginar. Es el mayor desatino que hombre ninguno intentó. Un soldado me alcanzó y me dijo en el camino... ¡Que estoy perdido, os confieso, de cólera!... CRESPO: Proseguí. LOPE: ...que un alcaldillo de aquí al capitán tiene preso; y, ¡voto a Dios!, no he sentido en toda aquesta jornada esta pierna excomulgada si no es hoy, que me ha impedido el haber antes llegado donde el castigo le dé. ¡Voto a Jesucristo, que al grande desvergonzado a palos le he de matar! CRESPO:

Pues habéis venido en balde; porque pienso que el alcalde no se los dejará dar. LOPE: Pues dárselos sin que deje dárselos. CRESPO: Malo lo veo; ni que haya en el mundo creo quien tan mal os aconseje. ¿Sabéis por qué le prendió? LOPE: No; mas sea lo que fuere justicia la parte espere de mí; que también sé yo degollar si es necesario. CRESPO: Vos no debéis de alcanzar, señor, lo que en un lugar es un alcalde ordinario. LOPE: ¿Será más de un villanote? CRESPO: Un villanote será que, si cabezudo da, en que ha de darle garrote, ¡par Dios!, se salga con ello. LOPE: No se saldrá tal, ¡par Dios!, y si por ventura vos, si sale o no, queréis vello, decidme dó vive o no. CRESPO: Bien cerca vive de aquí. LOPE: Pues a decirme vení quién es el alcalde. CRESPO: Yo. LOPE: ¡Voto a Dios, que lo sospecho! CRESPO: ¡Voto a Dios, como os le he dicho! LOPE: Pues, Crespo, lo dicho dicho. CRESPO: Pues, señor, lo hecho hecho. LOPE: Yo por el preso he venido y a castigar este exceso. CRESPO: Pues yo acá le tengo preso por lo que acá ha sucedido. LOPE: ¿Vos sabéis que a servir pasa al Rey, y soy su juez yo? CRESPO: ¿Vos sabéis que me robó a mi hija de mi casa? LOPE: ¿Vos sabéis que mi valor dueño de esta causa ha sido? CRESPO: ¿Vos sabéis cómo atrevido robó en un monte mi honor? LOPE: ¿Vos sabéis cuánto os prefiere el cargo que he gobernado? CRESPO: ¿Vos sabéis que le he rogado con la paz y no la quiere? LOPE: Que os entráis no es bien, se arguya, en otra jurisdicción. CRESPO: Él se me entró en mi opinión sin ser jurisdicción suya. LOPE: Yo os sabré satisfacer obligándome a la paga. CRESPO: Jamás pedí a nadie que haga lo que yo me pueda hacer. LOPE: Yo me he de llevar el preso; ya estoy en ello empeñado. CRESPO: Yo por acá he sustanciado el proceso. LOPE: ¿Qué es proceso? CRESPO: Unos pliegos de papel, que voy juntando, en razón

de hacer la averiguación de la causa. LOPE: Iré por él a la cárcel. CRESPO: No embarazo que vais, solo se repare que hay orden que al que llegare le den un arcabuzazo. LOPE: Como a esas balas estoy enseñado yo a esperar... (Mas no se ha de aventurar Aparte nada en el acción de hoy.) ¡Hola, soldado! Sale un SOLDADO Id volando, y a todas las compañías que alojadas estos días han estado y van marchando decid que bien ordenadas lleguen aquí en escuadrones, con balas en los cañones y con las cuerdas caladas. SOLDADO 1: No fue menester llamar la gente; que habiendo oído aquesto que ha sucedido se ha entrado en el lugar. LOPE: Pues, ¡voto a Dios!, que he de ver si me dan el preso o no. CRESPO: Pues, ¡voto a Dios!, que antes yo haré lo que se ha de hacer! Éntranse. Tocan cajas y dicen dentro LOPE: Ésta es la cárcel, soldados, adonde está del capitán. Si no os le dan al momento, poned fuego y la abrasad. Y si se pone en defensa el lugar, todo el lugar. ESCRIBANO: Ya, aunque rompan la cárcel, no le darán libertad. LOPE: ¡Mueran aquestos villanos! CRESPO: ¿Que mueran? Pues, ¿qué? ¿No hay más? LOPE: Socorro les ha venido. ¡Romped la cárcel, llegad, romped la puerta! Salen el REY, don LOPE y los soldados, Pedro CRESPO, y los villanos. Todos se descubren REY: ¿Qué es esto? Pues, ¿de esta manera estáis viniendo yo? LOPE: Ésta es, señor, la mayor temeridad de un villano, que vio el mundo. Y, ¡vive Dios!, que a no entrar en el lugar tan aprisa, señor, Vuestra Majestad, que había de hallar luminarias puestas por todo el lugar. REY: ¿Qué ha sucedido? LOPE: Un alcalde ha prendido un capitán y viniendo yo por él no le quieren entregar. REY: ¿Quién es el alcalde? CRESPO: Yo. REY: ¿Y qué disculpas me dais? CRESPO: Este proceso, en que bien probado el delito está, digno de muerte por ser una doncella robar, forzarla en un despoblado y no

quererse casar con ella, habiendo su padre rogádole con la paz. LOPE: Éste es el alcalde, y es su padre. CRESPO: No importa en tal caso; porque, si un extraño se viniera a querellar, ¿no había de hacer justicia? Sí. ¿Pues qué más se me da hacer por mi hija lo mismo que hiciera por los demás? Fuera de que, como he preso un hijo mío, es verdad que no escuchara a mi hija, pues era la sangre igual. Mírese, si está bien hecha la causa; miren, si hay quien diga que yo haya hecho en ella alguna maldad, si he inducido algún testigo, si está algo escrito demás de lo que he dicho, y entonces me den muerte. REY: Bien está sustanciado. Pero vos no tenéis autoridad de ejecutar la sentencia que toca a otro tribunal. Allá hay justicia, y así remitid al preso. CRESPO: Mal podré, señor, remitirle; porque, como por acá no hay más que sola una audiencia, cualquier sentencia que hay la ejecuta ella; y así ésta ejecutada está. REY: ¿Qué decís? CRESPO: Si no creéis que es esto, señor, verdad, volved los ojos y vello. Aqueste es el capitán. Aparece dado garrote en una silla don ÁLVARO REY: Pues, ¿cómo así os atrevisteis? CRESPO: Vos habéis dicho que está bien dada aquesta sentencia, luego esto no está hecho mal. REY: ¿El consejo no supiera la sentencia ejecutar? CRESPO: Toda la justicia vuestra es sólo un cuerpo no más; si éste tiene muchas manos, decid, ¿qué más se me da matar con aquesta un hombre que esta otra había de matar? ¿Y qué importa errar lo menos quien acertó lo demás? REY: Pues ya que aquesto sea así, ¿por qué, como a capitán y caballero, no hicisteis degollarle? CRESPO: ¿Eso dudáis? Señor, como los hidalgos viven tan bien por acá, el verdugo que tenemos no ha aprendido a degollar; y ésa es querella del muerto, que toca a su autoridad, y hasta que él mismo se queje, no les toca a los demás. REY: Don Lope, aquesto ya es hecho, bien dada la muerte está; no importa error lo menos quien acertó lo demás.

Aquí no quede soldado alguno, y haced marchar con brevedad; que me importa llegar presto a Portugal. [A CRESPO] Vos, por alcalde perpetuo de aquesta villa os quedad. CRESPO: Sólo vos a la justicia tanto supierais honrar. Vanse el REY [y su acompañamiento, soldados, y labradores] LOPE: Agradeced al buen tiempo que llegó Su Majestad. CRESPO: ¡Par Dios!, aunque no llegara no tenía remedio ya. LOPE: ¿No fuera mejor hablarme, dando el preso y remediar el honor de vuestra hija? CRESPO: Un convento tiene ya elegido y tiene esposo que no mira en calidad. LOPE: Pues dadme los demás presos. CRESPO: Al momento los sacad. Salen REBOLLEDO y la CHISPA LOPE: Vuestro hijo falta; porque siendo mi soldado ya, no ha de quedar preso. CRESPO: Quiero también, señor, castigar el desacato que tuvo de herir a su capitán; que, aunque es verdad que su honor a esto le pudo obligar, de otra manera pudiera. LOPE: Pero Crespo... ¡bien está! Llamadle. Sale JUAN CRESPO: Ya él está aquí. JUAN: Las plantas, señor, me dad; que a ser vuestro esclavo iré. REBOLLEDO: Yo no pienso ya cantar en mi vida. CHISPA: Pues, yo sí, cuantas veces a mirar llegue al pasado instrumento. CRESPO: Con que fin el autor da a esta historia verdadera. Los defectos perdonad. FIN DE LA COMEDIA

Esta obra se encuentra en dominio público. Esto es aplicable en todo el mundo debido a que su autor falleció hace más de 100 años. La traducción de la obra puede no estar en dominio público. (Más información...)

Public domainPublic domainfalsefalse

Índice

Personas que hablan en ella	4
Jornada Primera	6
Jornada Segunda	28
Jornada Tercera	44